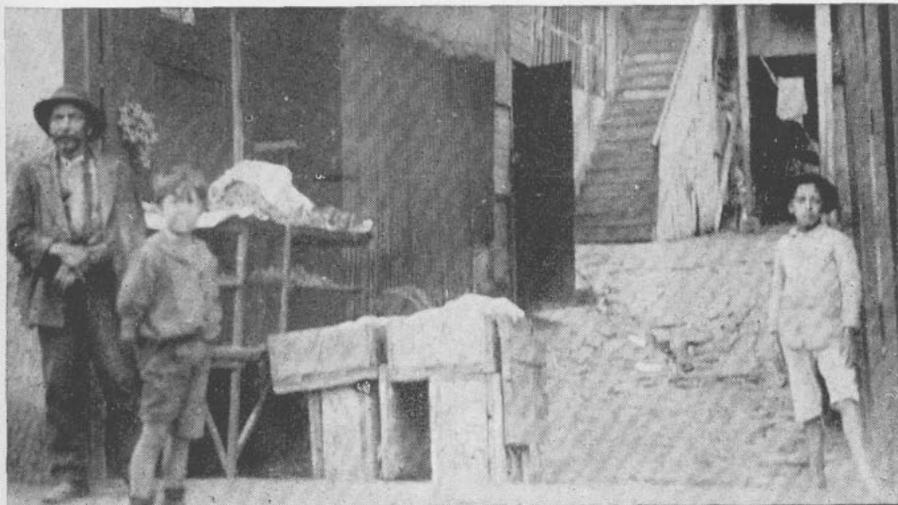


## COMO SE VIVE EN LOS CONVENTILLOS DE VALPARAÍSO



Aspecto de un conventillo.

CUANDO uno se pasea por las calles centrales de Valparaíso, observando su adelanto, la magnificencia de sus grandes edificios, la limpieza que en todo orden de cosas impera en la vida y en el movimiento progresivo de lo que llamaríamos el corazón de este puerto, francamente que el espíritu se siente halagado ante tanta manifestación de prosperidad, de belleza si se quiere.

Se ve a primera vista que las autoridades se preocupan, que sienten anhelos positivos de grandeza local, que buscan en sus entusiasmos y en sus deseos la ocasión para hacer de Valparaíso una gran urbe moderna, plétórica de ese esplendor que la civilización y la cultura proporcionan a la humanidad y a los pueblos.

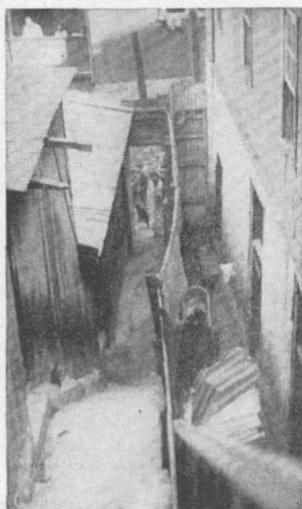
Sale uno, sin embargo, de aquello que considera algo así como el eje del progreso y de la riqueza, esto es, del centro de la población, de sus plazas floridas y aristocráticas, de sus avenidas cuajadas de grandes árboles, de sus calles tapizadas de rico asfalto de roca, etc., nota inmediatamente un cambio brusco, repentino, nota, en fin, un contraste lamentable, que impresiona y da pena.

Nuestra condición de periodistas nos llevó en días pasados hasta los conventillos de este puerto, de esta segunda

metrópoli nacional, que nuestro orgullo de chilenos ha dado en llamar la Perla del Pacífico, y hemos visto allá, en medio de la miseria y el hambre, los cuadros más tristes de la existencia que llevan sus habitantes en las viviendas antes mencionadas.

Ya en otra ocasión un colega nuestro habló en las páginas de esta misma revista de la vida de los cerros, pintando la pobreza con todos sus caracteres y horrores, caracteres y horrores que él presencié allí, en los mismos sitios que visité. Hoy hablamos de los conventillos, de las poeilas porteñas, mejor dicho, y podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la impresión que hemos recogido es indescriptible, pues allí hemos presenciado cosas y hechos que asombran al más duro de corazón y que nuestra pluma se resiste a narrar.

Llegamos a la calle de Márquez, en el barrio del puerto; pegada al cerro vimos una casa de enorme altura; subimos una larga escalera de vieja madera; el fotógrafo y nosotros teníamos miedo de subir; nos parecía que al llegar arriba se produciría un fuerte temblor y aquello se vendría abajo matándonos instantáneamente. Una vez en aquellas alturas, nos dimos cabal cuenta de la situación de la gente que habita esa casa, en cuyo interior había un conventillo sucio y viejo, ocupados sus



Un conventillo



La calle Márquez.



departamentos por un sinnúmero de personas.

El repórter gráfico prepara su máquina y enfoca sus lentes hacia una señora que había tenido la felicidad de dar a luz dos criaturas profundamente pálidas y enfermizas, cuyas caritas nos impresionaron fuertemente. Esa señora es pobre en alto grado y paga por el alquiler de una pieza la suma de veinticinco pesos, siendo su marido un **caballero** poco aficionado al trabajo.

Después recorrimos las demás viviendas, recibiendo en todas esa impresión que apenas el alma y que mantiene a uno en el recuerdo de aquello por mucho tiempo. Allí están el hambre y la enfermedad en todo su apogeo, en toda su dolorosa desnudez. Niños que lloran, madres que piden pan para sus hijos, vidas consumidas en plena juventud

por la falta de higiene y de aseo, he ahí lo que vimos y lo que palpamos personalmente. Los dueños de esas pocilgas matadoras de existencias jóvenes y fuertes, usureros en el más alto de los conceptos humanos, personas sin escrúpulos de ninguna especie, víboras del dinero de los pobres, podían siquiera, una vez por todas, compadecerse de la trágica situación de sus arrendatarios y hacer arreglar, aunque fuera limpiar, sus conventillos con

olor a muerte  
En esto deberían tomar carta también las autoridades, pero no lo hacen porque ellas son casi todas personas de situación de fortuna, de comodidades.

Si se dieran el trabajo de visitar los conventillos de Valparaíso, como nosotros lo hicimos *quién sabe si no se hicieran eco del dolor de los que habitan aquellas viviendas porteñas.*



Los mellizos.